



La familia Denham eligió California. El matrimonio y sus diez hijos atravesaron los Estados Unidos en tren. Habían leído el anuncio de un viaje gratis a California.

SOLO BILLETE DE IDA PARA LOS NEGROS DEL SUR

LA víspera del Viernes Santo un taxi se detuvo delante de una casita de cuatro habitaciones en el sector negro de Algiers, al oeste de Nueva Orleans. Se acomodó en él la familia de Louis Boyd: el padre, de cuarenta y dos años; la mujer, Dorothy, que estaba embara-

zada, de treinta y ocho, y sus ocho niños, de tres a doce años. Los Boyd no dijeron una sola palabra de adiós a sus vecinos. Salieron de su casa, en la calle Lamarque 1308, y no se llevaron más que la ropa. Hasta que no estuvieron en el coche, los niños no supieron por qué tomaban el

primer taxi en su vida. Habían seguido a su madre sin preguntar nada, como polluelos tras una gallina. Después se enteraron, sin alegrarse demasiado, de que se marchaban de Nueva Orleans y que iban a Nueva York.

Los Boyd eran los pioneros de una

emigración negra; los primeros que aceptaban un billete de ida en autobús que les daba el Consejo de Ciudadanos Blancos de Nueva York. Sin embargo, los Boyd se habían mantenido ajenos a las luchas sobre la segregación en el sur de los Estados Unidos. Louis Boyd no tenía

REFUGEES FROM

INJUSTICE



Al llegar a Los Angeles, los Denham fueron acogidos por muchas personas. Había reporteros, fotógrafos, operadores de TV. A los dos días, Denham ya tenía trabajo.



La familia Boyd —pioneros de una emigración negra— sube al autobús: marchan hacia el Norte, con billetes que paga el Consejo de Ciudadanos Blancos de Nueva Orleans.



La NAACP se hallaba en la estación de Nueva York para recibir a los Boyd. En pocos días conseguiría para el cabeza de familia un trabajo de 100 dólares a la semana.

opinión acerca de ello. Seis de sus niños iban a una escuela para negros y todo marchaba bien. «Yo nunca pensé mucho en eso» —dice—. «Ellos (los blancos) están a un lado y nosotros estamos al otro. Así ha sido durante mucho tiempo. Es difícil cambiar: para ellos y para nosotros también.»

Lo que concernía a Boyd era mucho más complejo: una cuestión de manutención. Estibador de media jornada, estaba sin trabajo hacia tres semanas. Tenía que bajar al Mississippi y dedicarse a pescar para poder alimentar a su familia.

Su mujer fue la que tomó la decisión. Había oído el ofrecimiento de George Singelmann por la radio, a las diez de la mañana. Consistía en un billete gratis para marcharse hacia el Norte. Ella misma telefonó a Singelmann, y a la una y media recibía un telegrama. Ya estaba todo en orden. Entonces dijo a Louis lo que había hecho.

Dos días después iniciaban el viaje a Nueva York: cuarenta y dos horas en autobús. Era la primera vez que Louis Boyd se alejaba más allá de Bogalusa, en la orilla del Mississippi.

lucha de razas

¿Cómo podríamos comprender el problema de Louis Boyd, uno entre millones de negros, sin situarlo en sus condiciones reales, las que presenta el Sur norteamericano? Todos conocemos muy bien la anécdota de la historia sureña contemporánea. Nombres concretos —los de Jim Crow, Lynch, Faubus, Walker, John Birch— ilustran un dramático itinerario desarrollado bajo el trágico signo del Ku Klux Klan. Contra esta situación de hecho alzan su voz y desenvuelven su acción los políticos de «la nueva frontera». Pero, ¿es efectivo su esfuerzo? El Sur tradicional, nostálgico de un tiempo limitado por la guerra de Secesión, es poderoso. En favor de la discriminación ha llegado, incluso, a desafiar al Gobierno de Washington. ¿Qué podría hacer un Louis Boyd cualquiera, cogido, como millones de negros, en la trampa de unas estructuras de tan arraigada solidez? Pero éstos ya son otros tiempos y las viejas soluciones han perdido su validez. El Sur, a contra-historia, trata de abrir otras perspectivas sin poner en juego sus privilegios.

una burla cruel

En el Senado de los Estados Unidos, Jacob Javits denunció la campaña de Singelmann como «extraña y vergonzosa». La «Asociación Na-

cional para el Progreso de la Gente de Color» (NAACP) la consideró como «una burla cruel». El gobernador de Nueva York, Nelson Rockefeller, dijo que «viola los conceptos fundamentales, en los que creemos como pueblo».

un hombre bueno

El «Sunset Limited» se detuvo en Phoenix, Arizona, a las nueve y cinco de la mañana, en su trayecto de Nueva Orleans a Los Angeles. Tumbados en los asientos del coche 101, un vagón de butacas, con aire acondicionado, pero sin facilidades para dormir, se hallaban veinte negros, todos ellos viajeros con «billete de ida», invitados por el Consejo de Ciudadanos, con rumbo a la esplendorosa California del Sur. Doce de los negros pertenecían a la familia Denham. El señor Denham y su mujer leyeron un anuncio en un periódico, en el que se hablaba de un viaje gratis a California. La mujer escribió una carta a Singelmann. «En seguida recibimos la respuesta. Y Singelmann nos llevó a la estación de Nueva Orleans y nos dio, después de pagarnos los billetes, cien dólares. Era un hombre muy bueno.»

"nos han engañado"

Un reportero de la TV. entrevistó a los Denham en el tren. Bajo un foco cegador, les preguntó si creían que haber aceptado dinero de una organización que trata de mantener el predominio blanco puede perjudicar a la raza negra. De pronto, los Denham cobraron conciencia de lo ocurrido: «Sí —dijo el jefe de la familia—. Creo que resulta perjudicial para nuestra raza aceptar el dinero. No lo volvería a hacer.»

los boyd en nueva york

Mientras el «Sunset Limited» cruzaba la frontera de California, Louis Boyd comenzaba a trabajar en una empresa electrónica de Jersey City, con un jornal de 100 dólares a la semana. En Nueva Orleans ganaba sólo veinticinco. Su mujer y sus ocho hijos estaban metidos en la desaseada habitación de un hotel de Harlem. Habían llegado a Nueva York el Sábado Santo, cansados, despeinados, tímidos. En la estación terminal les aguardaban representantes de la «Liga Ciudadana», la «Ayuda a los viajeros» y la NAACP, entre ellos Daisy Bates, la madre de familia que había dirigido la lucha en favor de la admisión de once negros en la Escuela Central de Little Rock.



El senador neoyorquino Javits, a la izquierda, denunció la campaña iniciada por el Consejo de Ciudadanos Blancos como «extraña y vergonzosa». Por su parte, el diputado Herbert, de Louisiana, preguntó: «¿Por qué la Asociación para el Progreso de las Gentes de Color (NAACP) no quiere a estas gentes en el Norte?»

Por la noche, la «Ayuda a los viajeros» les encontraba habitación en el hotel Walcott, a pocos pasos del Empire State. Al día siguiente, Boyd conseguía un trabajo: un industrial judío, Brudner, que acababa de patentar un termómetro de transistores capaz de tomar la temperatura en un segundo, le ofreció empleo en su fábrica.

La familia vivió en el hotel Walcott sólo dos días. Al tercero, el propietario recibió una carta anónima en que se le amenazaba con poner una bomba al edificio si no echaba a los negros. Los Boyd se marcharon a Harlem aquella misma tarde.

hacia el norte

¿Podría representar una solución a los conflictos raciales la emigración masiva, hacia el Norte, de los negros sureños? ¿Cabe pensar seriamente en este supuesto remedio?

En Nueva Orleans, Singelmann manifestó su satisfacción al saber que Boyd había encontrado un trabajo de cien dólares a la semana.

—Esto —dijo— animará a otros negros a trasladarse al Norte.

la aventura de los denham

El «Sunset Limited» llegó a la estación de Los Angeles. Cuando los Denham descendieron se vieron asaltados por una multitud de fotógrafos y periodistas. También habían acudido a recibirlos representantes de las Iglesias Negras, de la «Liga Ciudadana» y de la NAACP. Luego, los de «Ayuda a los viajeros» condujeron a la familia al hotel Rosslyn.

—Este hotel no es racista —le dijeron a Denham.

Al día siguiente ya había conseguido trabajo en una obra de la empresa Matthews. El señor Matthews

declaró que él procedía del Sur y le gustaba ayudar a la gente llegada de su tierra.

"me han hecho un favor"

En el otro extremo del país, Louis Boyd hacía una pausa en su tarea. El capataz le dijo:

—Trabaja usted muy bien. Yo podría dar empleo a veinte como usted.

A la salida, alguien se acercó a Boyd y le preguntó si creía que otros negros del Sur seguirían su ejemplo.

—Desde que estoy aquí no me acuerdo de aquello —respondió—. Sólo me preocupa mi familia. Mi mujer dice: «Gracias a Dios que nos hemos venido». Así pienso yo también.

—¿Y cree usted que el Consejo de Ciudadanos Blancos pagaría más billetes de ida a los negros del Sur?

—Yo no sé si lo que están haciendo es bueno o malo. Todo lo que sé es que a mí me han hecho un favor.

¿hasta cuándo?

Esta es la historia de dos familias negras que ejemplifican el primer intento de una solución al problema racial que no implique la integración. Entre tanto, la cuestión sigue en pie. Las caducas estructuras sociales y mentales del Sur resisten aún el embate de la nueva época. El presidente de la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color, que estuvo hace poco en Europa, confesó a un semanario francés que la igualdad de razas no se alcanzará en U. S. A. hasta dentro de un siglo de evolución y de lucha. Las leyes y la mentalidad de Washington trabajan para acortar el plazo. Pero las limitaciones a todo progreso antirracista son, en los Estados Unidos, muy profundas y considerables.